

INTERNACIONAL



Unos monjes budistas protestaban contra el golpe de Estado del pasado febrero, el 13 de abril en Mandalay. / EFE

PALOMA ALMOGUERA, Singapur
Como cada año a mediados de abril, salvo en 2020 debido al coronavirus, Myanmar (antigua Birmania) y sus países vecinos se sumergen en la festividad budista más importante de cada año, el Año Nuevo o Thingyan. Conocida como Fiesta del Agua, por la costumbre de arrojársela para purificar los pecados, la actual coyuntura, con el país al borde del colapso tras la asonada de febrero, ha enterrado cualquier festejo: en lugar de agua, los manifestantes salpicaron la semana pasada las calles de algunas ciudades con pintura roja, como símbolo de las más de 700 vidas segadas por la represión militar. Los opositores al régimen castrense critican que los generales busquen apropiarse de las tradiciones budistas mientras intentan legitimar su poder seduciendo a los respetados monjes, divididos tras el golpe.

El Thinzar Maung, portavoz del movimiento de desobediencia civil, que lleva convocando huelgas masivas desde el golpe de Estado del 1 de febrero, proclamó en Facebook: "El régimen militar no es dueño del Thingyan. El poder está en las manos de la gente". La activista urgió a los birmanos budistas —alrededor del 90% de los 54 millones de ciudadanos— a rezar en grupo y participar en actos de protesta simbólicos.

Ha sido su forma de mantener las protestas y respetar la tradición sin recurrir a festejos, en señal de respeto a las víctimas mortales, entre ellas 46 niños, a causa de la represión de las fuerzas de seguridad, según la Asociación para la Asistencia de Prisioneros Políticos (AAPP, por sus siglas en inglés). Unos ataques que no cesan. Hace algo más de una semana, más de 80 personas perdieron la vida en Bago, unos 80 kilómetros al noreste de la mayor ciudad del país, Yangón. La tensión aumenta en las regiones donde operan guerrillas formadas por minorías étnicas. En el Estado sureño de Ka-

El régimen trata de apropiarse de las tradiciones budistas y lograr el respaldo de los abades, divididos tras el golpe

El Ejército de Myanmar corteja a los monjes

La junta militar reabrirá grandes pagodas en las mayores ciudades

La falta de liderazgo entre los religiosos frena la adhesión a las protestas

ren, más de 24.000 civiles han huido en los últimos días debido a los enfrentamientos entre los grupos rebeldes y el Tatmadaw, como se conoce al Ejército birmano, que lleva a cabo bombardeos aéreos en la zona.

El cuerpo monástico desempeña un papel instrumental en otorgar legitimidad al Gobierno. Y la cúpula militar, encabezada por el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Min Aung Hlaing, dedica tiempo y fondos a la causa. En las semanas previas al golpe, el general, de quien depende parte de la financiación de la construcción de la estatua de Buda más grande de la capital, Naypyidó, aumentó el ritmo de visitas y donaciones a importantes monasterios. Poco después de tomar el poder, anunció la reapertura de

grandes pagodas en Yangón y Mandalay, las mayores ciudades, cerradas por la pandemia. Y tras el desfile militar celebrado el 27 de marzo, Día de las Fuerzas Armadas, se apresuró a visitar la pagoda más cercana, mientras los militares mataban a más de 100 personas por todo el país.

Aunque la junta militar tiene el apoyo de algunos líderes budistas, hay divisiones entre los monjes y dentro del Mahana, el poderoso comité de 47 abades designado por el Gobierno, acerca del borrador de un documento que pedía el fin de la violencia. "La cúpula monacal puede que esté del lado del Tatmadaw, pero muchos monjes de rangos inferiores querían unirse al movimiento de desobediencia civil y a las protestas. Los monjes ordinarios tienen experiencia en las protestas y simpatizan con la gente que sale a las calles", considera Thitinan Pongsudhirak, profesor de la Universidad Chulalongkorn, de Bangkok.

Desacuerdos

Los desacuerdos del Mahana quedaron patentes a raíz de la filtración de ese documento, sin firmar, y que no llegó a ser publicado oficialmente. El Día de las Fuerzas Armadas un representante del comité budista acudió a una ceremonia religiosa atendida por Min Aung Hlaing. Melyn McKay, antropóloga y especialis-

ta en Myanmar, observa: "Más que apoyo a la junta, su asistencia podría indicar neutralidad. El Mahana siempre ha intentado mantener una apariencia de unidad, sobre todo en asuntos políticos. Su posición es difícil, pues están bajo la batuta del Ministerio de Religión, y su relación con el Ejército se ha definido por una lucha constante de poder".

Las supuestas divisiones parecen explicar que se vean menos monjes en las calles que en ocasiones anteriores, como en las revueltas de 1988, o en las de 2007 —llamadas revolución azafrán precisamente por el color de las túnicas de los monjes que se lanzaron a las calles en protestas de una crisis más económica que política—. A la peculiar situación del coronavirus, que mantiene recluidos a muchos religiosos, se suma la falta de liderazgo. "Hay monjes que querían participar en las protestas y se sienten impotentes porque no hay liderazgo dentro del cuerpo monacal, que por tradición prefiere seguir directrices centrales a tomar iniciativas propias", indica Peter, nombre ficticio de un monje que pide hablar desde el anonimato.

"La creencia de que el Tatmadaw es el único que puede salvaguardar el budismo está muy extendida en algunas comunidades budistas", añade el religioso. El Gobierno civil de Aung San Suu Kyi, líder de facto del país desde 2015 hasta el golpe, fue considerado por algunos monjes una amenaza ante la perspectiva de una mayor pluralidad religiosa (en un país con un 4,6% de cristianos y un 3,9% de musulmanes, además de otros credos). En cualquier caso, la menor presencia de monjes en las protestas no parece determinante en el éxito o fracaso de las mismas. McKay apunta: "Su participación tiene más bien un impacto psicológico en el Ejército, en vez de ser decisiva a la hora de movilizar a la gente. Esa voluntad existe y no va a desaparecer".

Taiwán planea la compra de misiles de largo alcance a EE UU

REUTERS, Taipéi

Taiwán planea comprar misiles de largo alcance a Estados Unidos, según indicaron ayer fuentes del Ministerio de Defensa, para reforzar su capacidad de respuesta ante las presiones crecientes de China, que reclama la isla como propia y ha ampliado su presencia militar en el área que rodea a este territorio.

La isla autogobernada está desarrollando sus propios misiles de largo alcance para tener una capacidad de respuesta si se produjera un conflicto abierto entre Taipéi y Pekín, pero también ha empezado a tantear a Estados Unidos en busca de ayuda para adquirir armamento más puntero.

Preguntado en el Parlamento por qué tipo de material interesaría a Taiwán, el jefe de estrategia de planificación del Ministerio de Defensa, Lee Shih-chiang, mencionó ayer el AGM-158 JASSM (siglas en inglés de Joint Air-to-Surface Standoff Missile), un misil de crucero lanzado desde el aire y desarrollado en Estados Unidos por Lockheed Martin. El AGM-158 JASSM puede ser transportado por una amplia gama de aviones de combate, como los F-16 que Taiwán opera. "Todavía estamos mirando, pero las comunicaciones son muy fluidas", dijo Lee sin dar más detalles sobre en qué punto se encuentra el proceso de compra de estos misiles. La versión de mayor alcance de este arma llega a los 925 kilómetros.

Presencia china

China, que reclama la soberanía de la isla, ha incrementado su actividad militar cerca de Taiwán para presionar al Gobierno de Taipéi. Las Fuerzas Armadas de este país son muy limitadas en comparación con las de Pekín, y Taiwán ha puesto en marcha un programa de modernización para tener mayor capacidad de respuesta militar en el caso de un conflicto armado.

El Ejército taiwanés se ha concentrado tradicionalmente en prepararse ante un eventual ataque chino. Pero la presidenta, Tsai Ing-wen, ha insistido en la importancia de desarrollar un programa disuasorio más potente, con el uso de equipos móviles difíciles de encontrar y destruir, y también capaces de golpear objetivos a largo alcance.

Washington, el principal proveedor de armas de Taipéi, colabora con la isla para crear un contrapeso frente a China. Pekín siempre ha considerado a Taiwán como parte de su territorio y nunca ha renunciado al uso de la fuerza para controlar la isla.